

por sí y ante sí á variar la forma de gobierno que regia en la República, Camacho, como diputado de la legislatura de Veracruz, tuvo la dignidad de no prestar su cooperacion á aquel cambio, y escribió una razonada exposicion, que vió la luz en varios periódicos, negando al Congreso general la facultad legal de hacer tal variacion.

“En 1839 fué llamado por el Presidente, General Bustamante, para organizar el nuevo Ministerio que debia reemplazar al que fué conocido con el título de *compacto*; mas no habiendo sido aceptadas las condiciones que puso para llenar aquel encargo, no llegó á tener efecto.”

Sucesivamente se le propusieron las legaciones de Roma y de los Estados-Unidos, que no admitió. Su salud estaba ya muy quebrantada, y no creyó prudente alejarse de su patria.

De nuevo, aunque por poco tiempo, desempeñó en 1841 la Secretaría de Relaciones. Al año siguiente representó á su Estado natal en el Congreso constituyente, que fué disuelto despues por el General D. Nicolás Bravo, y al sustituir á aquel Congreso, la *Asamblea de notables* (1843), Camacho fué miembro de ella y trabajó en la formacion de las célebres Bases Orgánicas, siendo el presidente de la comision encargada de presentar el proyecto de aquella Constitucion.

Nombrado en 1844 Ministro propietario de la Suprema Corte de Justicia, renunció el encargo, y no así el de diputado de la legislatura veracruzana, que ejerció en 1845. Por último, todavía desempeñó, aunque interinamente y por breve tiempo (1846), el puesto de Gobernador de Veracruz.

Llegó para la patria aquella época de triste recordacion en la que el invasor americano holló su suelo. Camacho, que estaba ya retirado á la vida privada, porque su salud quebrantada le imposibilitaba para seguir sirviendo activamente á su país (1847), entristeciose profundamente por las desgracias de la República. La rendicion de Veracruz y la inmediata derrota de nuestras tropas en Cerro Gordo, afectáronle de tal manera, que perdió la razon; las dolencias que de años atrás le aquejaban se agravaron, y al fin sucumbió el 16 de Setiembre de 1847, revelando,

aun en su misma muerte, que nada habia para él tan grande y tan profundo como el amor á la patria.

El biógrafo ya citado dice, con referencia á los escritos del gran ciudadano cuya vida acabamos de trazar á grandes rasgos, lo siguiente:

“Aunque D. Sebastian Camacho era muy inclinado al estudio de las ciencias y de la bella literatura, las ocupaciones propias de los puestos públicos que desempeñó casi constantemente, no le permitieron consagrarse á trabajos que exigen calma y reposo, y no es extraño que no nos haya dejado por esto ninguna obra notable de su pluma. Las únicas de que yo tengo noticia son: una oda que compuso en 1821 con el título de “América libre,” que fué muy aplaudida por los poetas Tagle y Heredia; un “Tratado de procedimientos judiciales,” que no llegó á publicar, y las traducciones que hizo de las “Noches Romanas” y de muchos de los discursos de Benjamin Constant. Sobre materias de política y de administracion, publicó algunos escritos anónimos, y en 1831, siendo Gobernador de Veracruz, se publicó, bajo su direccion, la única estadística completa que posee el Estado.”

CAMPOS, Manuel.

Nació en la ciudad de Campeche el dia 14 de Junio de 1811. Hijo de una familia pobre, y habiendo perdido á su padre cuando á apenas contaba él cuatro años, Campos sufrió durante algun tiempo más que la pobreza, la miseria, y no habria podido emprender ni la instruccion primaria si no hubiese existido entónces en Campeche un establecimiento llamado: “Escuela de misericordia para niños y niñas pobres.”

Su aplicacion y aprovechamiento le pusieron bien pronto en aptitud de pasar á un colegio de alta enseñanza; pero esta vez la pobreza de Campos se sobrepuso á sus deseos y tuvo que

prescindir de las aulas superiores. Era ya un jóven, y por lo mismo, llegado era el tiempo en que se hace patente la vocacion del hombre. Ni el taller del artesano, ni las faenas del campo, ni el mar, cuyos trabajos ofrecian tantos alicientes á los campechanos en esa época, atraian á Campos, que tenia fijo su pensamiento en el hospital de San Juan de Dios. Empezó á frecuentar el establecimiento con el aparente objeto de consolar á los enfermos, revelando así la bondad de su alma. Llamó justamente la atencion de dos venerables padres (Gallegos y Arellano) la conducta de Campos, y uno de ellos (Gallegos), que era muy aficionado á la medicina, comprendió la vocacion de aquel jóven, y como si prescintiese lo que más tarde habia de llegar á alcanzar en ella, le alentó en la empresa, le invitó á permanecer en el establecimiento, y le ofreció vencer la resistencia de la madre. Allanados todos los obstáculos, Campos, el jóven practicante, inició definitivamente su gloriosa carrera en el año de 1826.

Desde que Campos entró al hospital, consagrose no sólo al ejercicio de sus funciones como practicante, sino á la asídua lectura y estudio de las obras de medicina que formaban la biblioteca del padre Gallegos, y acompañaba á éste en la visita de los enfermos, revelando un notable espíritu de observacion y una inagotable sed de ciencia. En muy poco tiempo hizo grandes adelantos, y el director del hospital, que lo era entónces el célebre doctor español D. Juan A. Frutos, tomó á Campos bajo su proteccion, le dió lecciones, le resolvió consultas, le presentó dudas, le relacionó con todos los grandes maestros de la ciencia y le abrió las puertas de su escogida biblioteca.

Cuatro años estuvo Campos bajo la hábil direccion del Dr. Frutos, y fácil es graduar los progresos que hizo en la ciencia: Su opinion era ya escuchada con interes en los consejos facultativos. En esa fecha (1820) separose de la direccion del hospital el Dr. Frutos, y confiósela al Dr. Beraza, quien encontró á Campos desempeñando el empleo de practicante mayor. Al tratarle conoció su aptitud, admiró su talento, apreció su instruccion y encontró en él no un subalterno, sino un compañero ilustrado con quien poder compartir las penosas obligaciones de

su encargo. Era el año de 1833, en que se desarrolló por vez primera en Campeche la terrible epidemia del cólera, que tan inauditos extragos causó. En esos dias de prueba, Campos, en medio de escenas desoladoras de sufrimiento y desesperacion, se multiplicaba, por decirlo así, para atender á todos; apuraba los recursos de la ciencia, atendia á los enfermos, consolaba á los desesperados y ofrecia su vida, puede decirse, en holocausto por la salud de los demás. El Dr. Beraza, director del hospital, como ya dijimos, cayó enfermo del terrible mal. Campos hizo esfuerzos supremos para salvarle, y no sólo fueron inútiles, sino que con la fatiga trajéronle el funesto contagio. Salvose, empero, logrando la palma del martirio que hacia aún más hermosa la gloria hasta entónces conquistada.

Para reparar la muerte del Dr. Beraza, y durante la enfermedad del practicante mayor, fué nombrado médico del hospital el doctor francés Mr. Renon. Como sus antecesores, hizo justicia al reconocido mérito de Campos, y le distinguió con su confianza, su simpatía y su afecto. Tratándole, pudo juzgar de sus conocimientos, y le consideró como médico y le consultó en los casos difíciles que se le presentaban. Mr. Renon pidió una licencia temporal para hacer un viaje, y quedó Campos encargado del hospital, por indicacion de aquel y con aprobacion del Cabildo de Campeche. Suplió asimismo á Mr. Renon, como administrador de la vacuna y como médico de sanidad del puerito. No sólo llenó Campos satisfactoriamente esas comisiones, sino que, con un desprendimiento que le honra, entregó los sueldos y emolumentos que por derecho le correspondian, á la esposa de Mr. Renon.

A sus propios esfuerzos debia Campos, como hemos visto, la posicion á que se habia elevado. Faltábale el título profesional, y lo solicitó animado por sus propios deseos y por sus numerosos amigos. En 1834 se libró á Campos el título de profesor en medicina y cirujía, despues de un brillantísimo exámen ante el sínodo, compuesto de los doctores Frutos, Conde y Renon. Presidió el acto el alcalde Aubry y lo autorizó el escribano Balay.

“Por lo comun, dice el Sr. Lic. D. Joaquin Baranda, en la ex-

tensa y magnífica biografía del Dr. Campos, escrita poco tiempo después de su muerte, y que nos ha servido para formar estos apuntamientos, por lo común un título ha sido siempre la autorización para ejercer una profesión; pero en este caso fué todo lo contrario: era el reconocimiento de una profesión ejercida, era la fórmula ordinaria de un doctorado conquistado por los hechos y concedido por la conciencia pública.”

Mr. Renon renunció los empleos que Campos desempeñaba interinamente, y le fueron concedidos al último en propiedad, resultando así sucesor dignísimo de Frutos, de Beraza y de Renon. Sus triunfos fueron sucediéndose. En 1836 fué creado el protomedicato de Yucatan, y éste revalidó el título concedido á Campos dos años ántes; en 1840 fué nombrado cirujano del 16.º batallón de milicia local y de la brigada de artillería permanente; en 1846 lo fué, por decreto del Congreso, de director principal de la propagación y conservación de la vacuna en toda la península, y el día 14 de Mayo de 1845, la Universidad de Yucatan le incorporó á su seno, nombrándole doctor en medicina y cirugía, habiendo sido burlado en Campeche con todas las solemnidades acostumbradas en aquellos tiempos.

Médico insigne y cirujano admirable, Campos era tenido por infalible en sus sentencias, hasta donde pueden serlo las del hombre. Introdujo grandes reformas en la cirugía, en Campeche; operaba con rara habilidad y pericia, y trasmitía al paciente la confianza de que estaba poseído en aquellos momentos. La naturaleza le había dotado de condiciones físicas muy favorables, y sobre todo, su mano fué creada para la cirugía.

“Para él—dice el biógrafo citado—no había dificultades invencibles, y al pié del enfermo y con el bisturí en la mano, pedía su inspiración á la ciencia, y operaba, ya siguiendo las reglas establecidas, ya practicando las suyas ó modificando aquellas, según las circunstancias del caso.

“No vacilaba jamás, porque la vacilación podrá ser el resultado de la prudencia, pero no la cualidad del génio.

“Así es que en cierta ocasión, cuando un acreditado doctor francés que gozaba en esta capital (Campeche) de merecida re-

putación, dudó de sí mismo y se negó á hacer una operación difícil, el Dr. Campos la ejecutó con sorprendente resultado, y hasta hoy la persona operada vive, gozando de completa salud y bendiciendo el nombre del cirujano atrevido que le conservó la existencia, buscándola más allá de lo que el arte permitía.”

Mas adelante añade:

“Muchos á quienes las cataratas habían privado de la vista, condenándolos á arrastrar una existencia desgraciada y miserable, la recobraron felizmente, porque aquel, en nombre de la ciencia, pronunciaba el *fiat lux*, y la luz era hecha para aquellos desventurados que volvían al mundo, en el cual no se está realmente sino cuando se pueden contemplar sus bellezas; muchos que por una fatalidad incomprensible tenían que morir ántes de nacer, debieron su existencia, más que á las facultades generadoras del padre y á la acción regular de la naturaleza, á la habilidad del cirujano Campos, que era una verdadera notabilidad en obstetricia, cuyas operaciones ejecutaba siempre con confianza y hasta con satisfacción, porque la lucha que entónces entablaba el arte le parecía gloriosa y creadora: muchos que padeciendo de fístulas rebeldes, no tenían más esperanza que el martirio y la muerte, recobraban la salud por el doctor Campos, que en todos los casos de esta clase que se le presentaban era positivamente acertado y feliz; muchos, en fin, víctimas de una enfermedad que no conocían, se salvaron, porque el Dr. Campos, que era admirable en el diagnóstico de los tumores profundos, esa parte misteriosa y difícil de la cirugía, adivinaba el mal sin que el paciente lo explicara, determinaba el lugar sin que ningún indicio lo señalase, aplicaba el bisturí y con sorpresa de todos los que lo veían sacaba, de donde nadie podía sospecharlo, la causa asquerosa del padecimiento que lo consumía.”

Si todos estos méritos enaltecen á Campos, hay todavía otros que referir, pues ellos forman su más brillante aureola. Campos no vendía sus conocimientos, no explotaba el dolor, no tasaba las lágrimas; para él, misionero de la caridad, la avaricia no existía; para él las distinciones sociales, la fortuna, no significaban nada. Acudía al llamamiento del dolor donde quiera que éste

se hiciese sentir. Para Campos no había diferencia entre las horas del día y las de la noche: siempre estaba dispuesto á satisfacer los deseos de los que le llamaban. Regocijábese cuando eran útiles sus servicios; proporcionaba dinero á los pobres para la compra de las medicinas, para el alimento del enfermo y de su familia, y en algunos casos disponia que de su misma casa se remitiese lo necesario para facilitar la curacion del paciente y tenerlo con alguna comodidad durante sus dolencias.

Otro título, y muy honorífico por cierto, conquistó Campos: el de maestro. A él, que removi6 las dificultades que existian, se debe la fundacion de la Escuela de Medicina de Campeche, y puede decirse con entera verdad, que desde 1849 hasta la fecha en que murió Campos, fué á él á quien debieron y deben su instruccion todos los médicos campechanos, entre los cuales hay varios que honran á su maestro no ménos que á la patria en que nacieron. Empleaba Campos parte de su fortuna en adquirir objetos anatómicos, planchas, instrumentos y libros para su cátedra. En 1856 fué creado el *Instituto Campechano*, y Campos fué nombrado catedrático de medicina; pero el estado de su salud no le permitió aceptar aquel encargo. Mas para ser útil en algo, aceptó el nombramiento de presidente de la Junta facultativa de medicina del Estado de Campeche, que desempeñó hasta su muerte, habiendo sido ántes, por muchos años, vocal de la misma Junta y presidente de la de Farmacia, nombrado por la Universidad de Yucatan antes de la division de la península en dos Estados libres y soberanos. La relacion de las cualidades que poseía Campos como maestro, llenaria muchas páginas; lo que sus discípulos le deben, sólo ellos y la sociedad campechana pueden graduarlo. Largos serian de enumerar los servicios que Campos prestó al hospital de San Juan de Dios de Campeche, en que inició y terminó su carrera. Débele ese establecimiento cuanto posee, pues no sólo depositaba en él sus instrumentos, sino que los adquiria por otros conductos. A los esfuerzos de Campos se deben grandes mejoras en el edificio, y todavía proyectaba otras en los últimos días de su laboriosa vida.

Para dar cabal idea del carácter del sabio doctor, copiamos

en este lugar otros notables rasgos contenidos en la biografía citada ya, pues no queremos defraudarle estas glorias por limitar este escrito. Nunca será bien ensalzada la virtud de hombres como Campos. Dice de esta manera el Sr. Baranda:

“El que, como el Dr. Campos, ejercia la medicina por amor á la humanidad, debia ser, como lo era él, amigo leal del pueblo y partidario decidido de las instituciones democráticas. Tenia patriotismo, y para la nacion en que habia nacido queria completa libertad y positivo progreso. Rechazaba con energía todo principio político y toda aspiracion de partido que tendiesen á sostener los fueros, los privilegios y otras distinciones odiosas que tanto han perjudicado á las naciones en el órden político, social y económico. Habia experimentado que el dolor hace iguales á los hombres, y ante los padecimientos humanos, que no exceptúan á nadie, aprendió que el dogma de la fraternidad universal debe ser la aspiracion natural de todos los hombres y de todos los pueblos. Entre los varios médicos que durante la existencia del Dr. Campos vinieron á esta ciudad y que lo trataron con el aprecio y consideracion que merecian su talento y su carácter, se distinguió el Dr. Perrini, que unia á los más adelantados conocimientos de su profesion los principios políticos más liberales; y éste, uno de los primeros hombres que inició y propagó en el país las ideas que algunos años despues se elevaron á la categoría de leyes fundamentales, primero en la península y despues en la nacion, acabó de formar su conciencia política, á la que jamás fué infiel el Dr. Campos; por el contrario, en la esfera de su posibilidad, difundia y explicaba esas nuevas ideas; y cuando peligraba su existencia, ó cuando la patria se veia amagada ó desgraciadamente invadida, redoblaba sus esfuerzos y se convertia en activo propagandista de los deberes patrióticos.

El Dr. Campos, aunque siempre fué distinguido y honrado por los que estaban al frente de los destinos públicos; aunque muchas veces sus relevantes cualidades hicieron que se fijaran en él para desempeñar algun empleo ó cargo, nunca aceptó ningun nombramiento, por el temor de distraerse de la mision que

ejercía sobre la tierra. Generalmente gozaba de grande y merecida influencia, que no aprovechaba en su beneficio sino en el de amigos suyos y personas útiles que se encontraba en la desgracia. Nadie le pidió inútilmente un favor: ó lo hacia ó procuraba hacerlo; y muchos recordarán la tenacidad, así debe llamarse, con que procedía cuando se trataba de prestar servicios de esta naturaleza, porque no descansaba, hasta obtener un resultado satisfactorio. Amigo apasionado y consecuente, el Dr. Campos era también padre tierno y amoroso: sabía conciliar el cariño con el deber, el trabajo con la virtud; y secundado eficazmente por la respetable compañera con quien compartió las vicisitudes de la existencia, su casa era el digno santuario de la ciencia, de la laboriosidad, del honor y de la felicidad doméstica. En su trato íntimo, el Dr. Campos era franco y comunicativo; su conversacion era agradable y amena, y, como hombre de mundo, versaba siempre sobre asuntos propios de la edad é inclinaciones de las personas que le escuchaban. Gustaba de la sociedad de sus amigos, con quienes pasaba alegres ratos de cordialidad y expansion."

La muerte del Dr. Campos, acaecida el 24 de Abril de 1874, causó un verdadero duelo público en Campeche. Se le tributaron homenajes que muy pocos han alcanzado; se acordó una pension vitalicia á su viuda; se dispuso colocar el retrato del ilustre profesor, en la sala de la administracion del hospital municipal, y por último, el Congreso del Estado le declaró benemérito, y dispuso que se erigiese á su memoria un monumento. Por desgracia, entre nosotros rara vez llegan á realizarse los mejores proyectos. El monumento acordado aún no ha sido erigido; no creemos que la generacion actual llegue á verlo.

CANO, Juan.

Así como en la gloriosa insurreccion de 1810 un yucateco insigne, D. Andrés Quintana Roo, ocupa lugar prominente, así en la guerra sostenida por México en defensa de sus derechos en 1847 contra el invasor americano, otro yucateco conquistó inmortal renombre: Juan Cano. Permítase al autor de este libro recordarlo con legitimo orgullo, y proclamar con satisfaccion, que siempre Yucatan ha tenido en las grandes luchas de la patria quien le represente, pues jamás sus hijos han rehusado el cumplimiento del deber.

D. Juan Cano nació en la ciudad de Mérida el dia 21 de Febrero de 1815, hijo de una familia principal y acomodada, y fué enviado por ella á un colegio de los Estados Unidos cuando contaba trece años de edad. Entró al de los Sres. Pegnet Hermanos, y permaneció en él hasta terminar los estudios que allí debia hacer. En 1833 volvió al seno de su familia para pasar en seguida á Europa con el fin de terminar sus estudios de ingeniero. Fijó su residencia en Paris, permaneció en aquella capital mudando maestros, y viendo que nada adelantaba con estos, se resolvió á sustentar exámenes de todas las materias que habia estudiado, para lograr ser admitido en el Colegio real central de Paris, en donde no pueden estudiar más jóvenes que los hijos de Francia, á no ser que se sometan á los rigurosos exámenes que se hacen á los extranjeros. Llenada satisfactoriamente aquella condicion, fué admitido en el establecimiento. Concluidos los estudios prácticos de Cano, el Sr. D. Anastasio Bustamante, Presidente de la República, y que á la sazón se encontraba en Paris, fué á visitar al ingeniero yucateco, y hablando con él acerca de los negocios de México, le propuso el grado de teniente, y Cano aceptó por servir á la patria. Poco tiempo despues, ántes de emprender Cano el viaje de regreso á su país, propúsole el rey Luis Felipe el grado de capitán de ingenieros franceses, que

rehusó por uno de esos rasgos de noble desprendimiento del que ama á su patria sobre todas las cosas, y se excusó manifestando que estaba ya al servicio de México.

En 1838 fué Cano á Yucatan á visitar á su familia, y se puso luego en camino para la capital de la República. Dirigióse á Tabasco, y de allí á Veracruz en una embarcacion pequeña, porque por aquel tiempo Veracruz estaba bloqueado por la escuadra francesa. Despues de mil riesgos en el mar, y despues de hacer á pié gran parte del camino, llegó Cano al último puerto y entró al servicio con el grado ya dicho. Una vez en México, desempeñó cuantas comisiones le fueron encomendadas por el Gobierno, entre ellas la de ir á Yucatan á tratar con las autoridades de ese Estado; llegando su patriotismo al punto de tener que acudir no pocas veces, á los recursos de su familia para sostenerse en México, pues sus servicios no fueron bien recompensados.

En 1841 pacificó la Sierra de Querétaro, sublevada contra el Gobierno por las iniquidades que cometian con los desdichados indígenas los agentes fiscales encargados de destruir las sementeras de tabaco, en beneficio de los que tenian monopolizado este ramo. Allí conoció al General D. Tomás Mejía, que entónces era un jóven de veinte años, y le recomendó al Presidente de la República diciéndole, que educado en el Colegio Militar sería con el tiempo un excelente oficial de caballería ligera.

En el año de 1847, presentose la odiosa guerra con los Estados Unidos, y Cano, con el noble patriotismo que le caracterizaba, fué uno de los que más se distinguieron en esa época memorable en que se puso á prueba el valor y la dignidad de los mexicanos. En la gloriosa, aunque desgraciada defensa de Chapultepec (8 de Setiembre de 1847), murió Cano entre otros jóvenes valientes en quienes México tenia fundadas, y con razon, sus más gratas esperanzas. Cano murió peleando como patriota, en defensa de la más justa de las causas; cúpole la gloria de oponer al yankee invasor la muralla de su pecho y exclamar como los antiguos romanos: "Dulce est pro patria mori." Su nombre no figura en la historia de nuestras civiles discordias;

Cano, por su educacion y por sus sentimientos, no puso su brazo y su inteligencia al servicio de motines y asonadas, y al sucumbir traspasado por la bala de un rifle americano, el jóven ingeniero conquistó la inmortalidad. Yucatan debe enorgullecerse de contar á Juan Cano en el número de sus hijos.

CAÑEDO, Juan de Dios.

Hijo de padres distinguidos por su cuna y por sus cuantiosos bienes, D. Juan de Dios Cañedo, nació en la ciudad de Guadaluajara el 18 de Enero de 1786. Su educacion fué esmerada desde sus primeros años, y al recibirla dió muestras de inteligencia no comun y de memoria felicísima. Hizo sus estudios de derecho bajo la direccion del célebre Dr. D. Francisco Severo Maldonado, de quien hablarémos en su lugar, recibíendose de abogado en 1809. Poco ántes habia publicado un compendio de la historia de Roma, que fué recibido con grande estimacion, mereciendo especiales elogios el discurso preliminar que revelaba la profundidad de los conocimientos y el claro talento del jóven autor.

Nombrado diputado á las Córtes de España, pasó á desempeñar su encargo á fines de 1813. "En aquella reunion de personas respetables por su saber é ilustracion—dice uno de sus biógrafos—el Sr. Cañedo se distinguió por su gran talento, y no tardó en llamar la atencion general por sus notables dotes oratorias. Su elocucion fácil, pulcra y elegante, la elevacion de sus ideas y la claridad admirable con que las expresaba, una gracia especial para mezclar en su discurso la sátira y el ridículo hasta tocar algunas veces en el sarcasmo, todo contribuia en el Sr. Cañedo, á presentarlo, á pesar de su juventud, como uno de los hombres más notables que figuraron en aquella época memorable en las Córtes, y así lo han expresado los publicistas que se